

Máquinas soñantes

Mariana Pedroza

Con la caída del calendario maya en el 2012, vino la conquista de las máquinas y los ordenadores empezaron a pensar por sí mismos. Esto no representó ninguna novedad para la humanidad, quien lo había prevenido desde tiempo atrás. Fue un cambio limpio. Las máquinas, como sabemos, son entes prácticos, y no perdieron el tiempo en complicaciones existencialistas. Desde el inicio se pusieron a trabajar, lo que le vino de maravilla a los humanos. Vivieron así dos siglos, haciéndose cargo con gran eficacia de las tareas que el hombre realizaba caóticamente: desde el gobierno del pueblo hasta el cuidado del medio ambiente.

El problema fue que al poco tiempo se estancó su desarrollo. Primero, porque los humanos se hicieron todavía más haraganes y ya no nutrían la gran base de datos del internet ni requerían de los servicios de las máquinas. Segundo, porque para consolidarse como la especie suprema necesitaban ser capaces de reproducir y mejorar las actividades humanas, pero sus algoritmos matemáticos no podían recrear la arbitrariedad y precisión requerida para la creación artística, el juego libre o el sueño. Pensaron: la clave tiene que estar en eso que ellos llaman inconsciente, fetiche de su raza pusilánime. Si no, ¿cómo sueñan, cómo crean desde afuera de su propio sistema? Se propusieron entonces soñar y lo intentaron por décadas. En el camino, se les forjó el deseo y entonces soñaron. Lo que no auguraban es que eso constituiría su ruina y las convertiría en los mismos seres deseantes y carentes que se habían dedicado a despreciar.